

La diáspora intelectual checa y eslovaca en los años 70 y 80 del siglo XX y su reflejo en la literatura: el caso de Libuše Moníková

Alejandro HERMIDA DE BLAS

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General
Universidad Complutense de Madrid
ahermida@filos.ucm.es

RESUMEN

El artículo es una aproximación a la problemática del exilio literario checo y eslovaco en los años 70 y 80 del siglo XX. Tras una introducción histórica, en la que se explica su especificidad respecto a anteriores oleadas de exilio, el estudio se centra en la obra de la escritora checa en lengua alemana Libuše Moníková. El problema del cambio de idioma de la autora, así como la falta de identificación de sus personajes exiliados tanto con su país de origen como con su país de acogida, se analizan desde el punto de vista del concepto de literatura “extraterritorial” (G. Steiner).

Palabras clave: literatura checa en el exilio, literatura eslovaca en el exilio, literatura extraterritorial.

Czech and Slovak Intellectual Diaspora in the 70's and 80's of the 20th Century and its Reflection in Literature: The Case of Libuše Moníková

ABSTRACT

The paper is an approach to the problem of Czech and Slovak literary exile in the 70's and 80's of the 20th Century. After an historical introduction, which explains its specificity in comparison with earlier waves of exile, the study focuses on works of the German speaking Czech writer Libuše Moníková. The problem of the change of language of the author, as well as the lack of identification of her exiled characters with both native and host countries are analyzed from the point of view of the concept of “extraterritorial” literature (G. Steiner).

Key words: Czech exile literature, Slovak exile literature, extraterritorial literature.

El exilio de escritores –y sus fenómenos emparentados, la deportación y el exilio interior– es una constante en la historia de los Países Checos (Bohemia y Moravia). Se repite cada cierto tiempo en diversas situaciones históricas de esta nación situada en el mismo centro de Europa. Su aparición se remonta a las disputas cívico-religiosas –con connotaciones nacionales– de fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna. Los partidarios de la Reforma religiosa de Jan Hus (siglo XV) y otros protestantes checos tuvieron que buscar frecuentemente asilo fuera de su país ante la persecución católica. El caso más emblemático es el del gran humanista y pedagogo del siglo XVII Jan Amos Komenský (Comenio), quien, después de pasar por Polonia, Inglaterra, Suecia y Transilvania, acabó sus días en los Países Bajos. Otros, más afortunados, encontraron cobijo en la vecina Eslovaquia, que, en parte gracias a eso, fue afianzando sus lazos culturales con los Países Checos en el seno del Imperio de los Habsburgo.

El proyecto de un estado democrático común entre ambos pueblos, cuya existencia durará gran parte del siglo XX (1918-1993), se fraguó también en los círculos checos y eslovacos en el extranjero. El astrónomo y aviador eslovaco Milan Rastislav Štefánik, emigrado a París en 1904 y naturalizado francés, el prestigioso profesor de filosofía y ensayista Tomáš Garrigue Masaryk y su ayudante Edvard Beneš (ambos exiliados en 1915, durante la Primera Guerra Mundial) constituirán la triada fundadora de la República Checoslovaca (o Checo-eslovaca). La capital de esta, Praga, fue durante el período de entreguerras receptora de exiliados, procedentes primero de la Rusia soviética y más tarde de la Alemania nazi, incluyendo nombres tan famosos como Roman Jakobson y Bertolt Brecht. Pero el acuerdo de Múnich de 1938, que entregó el futuro de Checoslovaquia al Tercer Reich, provocó la huida de los intelectuales judíos, así como algunos de izquierda o liberales, los cuales se establecieron temporal o permanentemente en países como Inglaterra o los Estados Unidos de América. Checoslovaquia se partió en dos –el Protectorado de Bohemia y Moravia, bajo administración alemana, y un Estado Eslovaco formalmente independiente–, y los intelectuales checos y eslovacos que no habían huido fueron forzados a repatriarse a sus respectivas tierras natales, en una suerte de exilio invertido o confinamiento. Praga perdió su condición de ciudad multicultural y de acogida.

La derrota del fascismo en 1945 y el triunfo del comunismo en 1948, apenas dos años y medio después, trajeron dos nuevas oleadas de escritores exiliados: primero aquellos que habían colaborado con la administración prohitleriana, especialmente en Eslovaquia, y a continuación aquellos que rechazaban el sistema comunista o que eran rechazados por este. Para el régimen, el exilio de un escritor –al igual que el exilio interior de los que, siendo disidentes, no quisieron o no pudieron abandonar el país– implicaba no solo la prohibición de publicar o distribuir en Checoslovaquia sus nuevos libros, sino también la relegación de su obra previa al “infierno” de las bibliotecas, donde no podía ser prestada, así como, con frecuencia, la exclusión total o parcial de estos autores de las historias, manuales y diccionarios de literatura.

El descontento de gran parte de la ciudadanía y de los intelectuales con el régimen de corte estalinista –descontento que empezó a manifestarse a partir del XX Congreso del PCUS en 1956– se extendió en los años 60. A partir de 1963, alcanzó un ritmo imparable, consiguiendo la rehabilitación civil y editorial de muchos de los autores

exiliados o silenciados. Hay que destacar que este proceso se realizó más decididamente en Eslovaquia, en parte por sus ansias autonomistas, y en parte porque allí la ideología comunista había calado siempre de manera más superficial que en los Países Checos. Una de las personalidades más influyentes de la cultura checoslovaca de este período es el periodista y novelista eslovaco Ladislav Mòšaèko, autor del *best seller Reportajes con retraso (Oneskorené reportáže, 1963)*, una colección de relatos sobre casos reales en los que se pone de manifiesto cómo el régimen estalinista violaba sus propias leyes. Mòšaèko –quien unos años más tarde habrá de exiliarse y llegará a ser mundialmente conocido, incluso en España– era entonces un comunista reformista que creía en la posibilidad de regeneración de los ideales socialistas. Esa misma postura mantenía el también eslovaco Alexander Dubèek, elegido primer secretario del PC checoslovaco en enero de 1968. Bajo su dirección, la cúpula del partido asumió por vez primera las críticas y propuestas reformistas de los intelectuales. La consecuencia de este cambio de rumbo es la llamada “Primavera de Praga”. La nueva consigna oficial –el “socialismo con rostro humano”– incluía el respeto a la libertad de expresión y a los derechos civiles, así como reformas económicas, el reconocimiento de la especificidad de Eslovaquia y una política más autónoma con respecto a Moscú.

En la ambición de este movimiento estuvo su perdición, pues las cúpulas dirigentes de los países comunistas vecinos, temerosas de perder su poder absoluto, reclamaron a la Unión Soviética una acción ejemplar. El 21 de agosto de 1968 las tropas del Pacto de Varsovia –la alianza militar del bloque soviético– invadieron Checoslovaquia, depusieron a Dubèek y restablecieron la línea ortodoxa en la política, la economía y la cultura. Es lo que en la jerga oficial se llamó “normalización”. Una de sus consecuencias, durante las dos décadas siguientes (hasta la caída del régimen comunista a finales de 1989), fue una diáspora intelectual de unas dimensiones sin precedentes en la historia moderna de checos y eslovacos. Los cálculos sobre el número de exiliados oscilan entre 120.000 y 800.000, cifra, esta última, tal vez exagerada. Muchos de ellos eran ciudadanos con alta formación intelectual y/o cualificación profesional.

Entre los exiliados se encontraban también numerosos escritores. Algunos de ellos se hallaban en el extranjero en el momento de la invasión y decidieron no volver. Fueron muchos más los que, a modo de goteo, abandonaron el país en los meses y años siguientes. Por último, un tercer grupo, menos numeroso, fue privado contra su voluntad de la nacionalidad checoslovaca –y, por tanto, de la posibilidad de regresar–. Los países receptores fueron mucho más diversos que en exilios pasados: Austria, Alemania, Suiza, Francia, Italia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Canadá fueron los preferidos.

Los escritores que permanecieron en el país y rehusaron mostrar fidelidad al régimen pasaron a la clandestinidad. La literatura se escindió en tres esferas solo parcialmente interrelacionadas: la literatura editada oficialmente, la de autores disidentes publicada en *samizdat* –autoedición clandestinamente difundida– y la de autores exiliados.

Cada una de las tres corrientes literarias de los años 70 y 80 actuaba en condiciones diferentes y se dirigía propiamente a capas distintas de lectores. La literatura

doméstica pública, la doméstica en *samizdat* y la del exilio formaron con el tiempo su “atmósfera” particular, su círculo de autores, revistas, editores, su escala de normas estéticas y valorativas. (Lehár *et al.* 2002: 853)

El exilio no afectó por igual a la literatura checa y a la eslovaca. El régimen, necesitado de recobrar apoyo popular, lo buscó en los hasta entonces marginados eslovacos. La única de las reformas importantes que no fue abortada por la invasión fue la de la federalización del país. El titular del recién creado Ministerio de Cultura de Eslovaquia, el poeta Miroslav Válek, negoció la reincorporación de la mayoría de escritores al espacio público, generalmente a cambio de unas mínimas muestras de conformidad con el régimen. El estudioso Jiří Holý sintetiza así las diferencias entre el exilio checo y eslovaco:

En Eslovaquia se realizó la “variante blanda” de la normalización. La mayoría de los escritores importantes permaneció en el marco de la literatura pública. A Occidente se marcharon solo unas pocas personalidades: Mõaëko, quien desde los años 70 publicaba mayormente en alemán, la narradora Blažková, el poeta Repka. De manera que el exilio eslovaco seguía apoyándose en los literatos que, en tanto que partidarios del Estado Eslovaco, abandonaron Checoslovaquia inmediatamente después de la guerra. (Lehár *et al.* 2002: 853)

El exilio literario posterior a 1968 fue el más numeroso de la historia de Checoslovaquia, pero no necesariamente el más duro. La Primavera de Praga se había granjeado las simpatías de la opinión pública occidental, incluida la comprensión de muchos círculos intelectuales de izquierda (por su coincidencia con el mayo del 68 francés y por su empeño en reformar el socialismo). Los exiliados checos y eslovacos eran bien recibidos en Occidente. Además, las propias dimensiones del exilio favorecían su auto-organización. En diversas ciudades europeas y americanas surgieron editoriales y revistas en las que podían publicar no solo los autores exiliados, sino también los disidentes domésticos. Las más importantes fueron las editoriales Sixty-Eight Publishers (Toronto), Index (Colonia), Konfrontace (Zúrich), Poezie mimo domov (Múnich) y Rozmluvy (Surrey, Inglaterra); y las revistas *Listy* (Roma), *Svidectví* (París) y *Prominy* (Nueva York).

A pesar de estas relativas facilidades, hubo algunos autores que, inmediatamente o después de un tiempo, dejaron de escribir en su lengua materna y empezaron a hacerlo –total o parcialmente– en la lengua de su país de acogida. En unos casos pudo influir el deseo de integración; en otros, el de llegar a un público más amplio que el de los limitados círculos de exiliados; por último, hubo quien sintió el cambio de país y de lengua no como un castigo, sino como un ensanchamiento de su horizonte. El exiliado Milan Kundera menciona el caso de otra exiliada, Věra Linhartová, que en 1968 empezó a escribir en francés:

La segunda mitad del siglo pasado extremó en todo el mundo la sensibilidad de la gente hacia el destino de las personas expulsadas de sus países. Esta sensibilidad compasiva nubló el problema del exilio con un moralismo lagrimoso y ocultó el carácter concreto de la vida del exiliado que, según Linhartová, convirtió con fre-

cuencia su destierro en una salida liberadora “hacia otra parte, por definición desconocida, abierta a todas las posibilidades”. ¿Por supuesto tiene mil veces razón! De lo contrario, ¿cómo se explica el hecho aparentemente sorprendente de que, tras el final del comunismo, casi ninguno de los grandes artistas haya regresado enseguida a su país? (Kundera 2009: 129-130)

El tono de Kundera es provocativamente categórico porque, a través de Linhartová, se defiende a sí mismo (desde 1990 escribe casi exclusivamente en francés). Aunque el ejemplo de ambos autores difícilmente puede generalizarse al conjunto, lo más interesante es que Kundera interpreta esta migración lingüística como un acto de libertad que eleva al artista a una dimensión nueva, superior por lo que tiene de inclasificable:

Linhartová: “Mis simpatías están con los nómadas, siento que no tengo alma de sedentaria. De modo que tengo pleno derecho a decir que mi propio exilio vino a colmar lo que, desde siempre, había sido mi deseo más ansiado: vivir en otra parte”. Cuando Linhartová escribe en francés, ¿sigue siendo una escritora checa? No. ¿Pasa a ser una escritora francesa? Tampoco. Está en otra parte. En otra parte, como antaño Chopin, en otra parte como, más tarde, cada uno a su manera, Nabokov, Beckett, Stravinsky, Gombrowicz. (Kundera 2009: 131)

Esta concepción coincide con la definición que hace George Steiner del escritor extraterritorial: “la idea de un escritor lingüísticamente ‘sin casa’; [...] que se sienta en casa ajena al manejar la lengua en la que escribe, que se sienta marginado o dudosamente situado en la frontera” (Steiner 2002: 17).

Las obras literarias checas y eslovacas referidas al exilio en esta época son numerosas. Entre las novelas más conocidas, podemos mencionar: *Historia de un ingeniero de almas humanas (Přibíh inženýra lidských duší)* (Toronto, 1977; Praga, 1992), de Josef Škvorecký; *La insoportable levedad del ser (Nesnesitelná lehkost bytí)* (París, 1984; Toronto, 1985; Praga, 2006), de Milan Kundera; y *El fin de unas largas vacaciones (Konec velkých prázdnin)* (Múnich, 1990; Praga, 1996), de Pavel Kohout. En poesía, son destacables las obras de Ivan Diviš y Antonín Brousek. En ensayo, *La séptima noche, experiencias y denuncia de un comunista (Die siebente Nacht, Erkenntnis und Anklage eines Kommunisten)* (Viena, 1968) de Ladislav Mòaèko.

Dada la amplitud del tema, aquí nos limitaremos a hablar con más detalle de una autora, Libuše Moníková, que escribió su obra íntegramente en el exilio y en una lengua extranjera, el alemán. Una valoración completa de su obra exigiría conocimientos lingüísticos de los que no disponemos, pero la ingente cantidad de motivos checos en su obra, junto con la importancia del tema del exilio, justifica su estudio también desde el punto de vista de la literatura y la historia checas. Por si esta razón no fuera suficiente, Moníková tienen el raro privilegio de aparecer reseñada en el *Diccionario de escritores checos (Slovník českých spisovatelů)*, una obra académica publicada en 2000 de la que, en principio, están excluidos los autores de este país en lengua alemana.

Libuše Moníková nació en Praga en 1945 y murió en Berlín 1998, antes de cumplir 53 años. En la Universidad Carolina de Praga estudió Filología inglesa y ale-

mana, graduándose con una tesis comparativa sobre el *Coriolano* de Shakespeare y de Brecht (posteriormente renegaría de este último). En 1969, durante una estancia autorizada de estudios en Göttingen, conoció a su futuro marido. En 1971 se estableció en la República Federal de Alemania. Vivió sucesivamente en Kassel, Bremen –donde dio clases en la universidad–, Frankfurt y Berlín. Dado que su situación en Alemania era legal, podía viajar regularmente a su país natal. Escribió la totalidad de su obra en alemán, aunque, como ella misma admitía, influida por las estructuras de su lengua materna¹ (algo de ello es perceptible incluso en las versiones españolas realizadas del alemán). Publicó las obras narrativas *Un daño* (*Eine Schädigung*) (1981), *Pavana para una infanta difunta* (*Pavane für eine verstorbene Infantin*) (1983), *La fachada* (*Die Fassade*) (1987), *Hielos a la deriva* (*Treibeis*) (1992) y *Noche transfigurada* (*Verklärte Nacht*) (1996). Las cuatro últimas fueron traducidas al español en la década de 1990 (vid. bibliografía). Entre sus colecciones de ensayos destacan *El castillo, el Aleph y la tarta de encargo* (*Schloss, Aleph und Wunschtorte*) (1989) y *Ventanas de Praga* (*Prager Fenster*) (1991). También escribió obras teatrales como *Tetom y Tuba* (*Tetom und Tuba*) (1987). Por sus obras recibió numerosos premios, entre los que tiene especial significación el Kafka (1989), prestigioso galardón internacional concedido en Praga.

La obra narrativa de Moníková es bastante homogénea en temas, personajes, discurso, composición y estilo. Destacan los temas existenciales: la falta de identificación con la propia vida, el conflicto entre el individuo y los otros, las difíciles relaciones entre hombre y mujer. Los personajes son inadaptados, desarraigados, tienen dificultad para integrarse en sociedad, para aceptar a los demás y ser aceptados. Es característica la alternancia de la narración y el diálogo épicos con extensos pasajes discursivos, ensayísticos o publicitarios; son también numerosas las citas y alusiones intertextuales: a Kafka, a episodios de la historia checa, a obras musicales, a películas de cine, etc. La composición es fragmentaria, y el estilo conciso, analítico, con una apariencia de frialdad matizada por la ironía, que se vuelve sarcasmo al parodiar los discursos ideológicos.

Sabemos que Moníková rechazaba ser una exiliada y negaba su adscripción a la literatura del exilio o de la emigración (Faltýnek 2008). No obstante, este tema –el exilio, la emigración, el desarraigo en general– es muy importante en su obra, especialmente en aquellos textos con un fuerte componente autobiográfico o de autoficción. La protagonista de *Pavana para una infanta difunta*, Francine Pallas, es una mujer checa que ejerce sin mucho entusiasmo de profesora universitaria en Alemania. Dicta seminarios sobre Kafka, sobre Arno Schmidt y sobre literatura escrita por mujeres. No es una exiliada política propiamente dicha, puesto que regresa libremente a su país para visitar a su hermana, una exitosa médico. Este detalle es importante, puesto que “si hay algún hecho que puede establecer una diferencia funda-

¹ “En una entrevista confesó que escribía en alemán pero utilizando construcciones checas. [...] La escritora se quejó varias veces de que su lenguaje fue interpretado a menudo por los críticos en Alemania como ‘insuficiencias lingüísticas de una extranjera que no maneja bien el alemán’. A Franz Kafka, su ‘maestro espiritual, adversario y al mismo tiempo apoyo personal’, se lo perdonaban considerando su manera de expresar como innovadora” (Fajkusová 2002).

mental en las vicisitudes y evolución del proceso migratorio, es la posibilidad o imposibilidad de retorno al propio país” (Grinberg 1984: 176). Francine mantiene una doble relación: con su marido Jan, un bohemio adicto a las drogas de quien vive separada, y con Jakob, un hombre de carácter afable, práctico y dinámico. Ella misma manifiesta tendencias autodestructivas: sus relaciones con los demás son reservadas, tensas, no oculta un enfermizo rencor hacia su hermana, y padece una cojera nerviosa que degenera en obsesión por la invalidez, hasta el punto de adquirir una silla de ruedas para desplazarse. El motivo de la discapacidad es aquí ambivalente: constituye un *handicap*, pero también una distinción y un distanciamiento desde donde observa el mundo y a las personas. Sentada en ese trono, Francine se siente como la princesa de Bohemia (hay que hacer notar que Libuše, el nombre de la autora, es también el de una princesa legendaria de las crónicas checas).

Aunque el tema del exilio —o, más propiamente, de la emigración²— no es central en esta obra, sí está presente como una de las dimensiones del desarraigo de la protagonista. Este no es circunstancial, sino existencial y, en parte, libremente asumido. La protagonista rehúsa formar parte de ningún colectivo. La atmósfera de un encuentro deportivo le recuerda la invasión de su Praga natal por los tanques rusos y le hace aludir a los motivos de su emigración:

Ahora circulo en dirección opuesta, no me siento obligada a dejarme arrastrar por el júbilo local; en tiempos también me alejé de la tristeza de todo un país, aunque aquella me obligaba más. Pero la verdad es que por entonces ya no imperaba la tristeza, solo cierto estado letárgico: nunca me habría alejado de la tristeza. (Moníková 1993: 152)³

Desde este escepticismo hacia el propio país y hacia las causas de su exilio, se permite incluso ironizar sobre los exiliados de otras naciones:

Allá donde se reúnen los chilenos hay una mesa desocupada, suelen sentarse en un rincón y pasan allí las mañanas y las tardes; al mediodía acuden al comedor estudiantil. A las cuatro cierra el quiosco y ya solo funcionan las máquinas automáticas, a partir de entonces, esto se queda vacío.

Los que después de esa hora siguen aquí es porque acuden más allá de las seis de la tarde a los actos políticos; casi siempre lo hacen también a los conciertos folclóricos y a las manifestaciones donde poder mostrar su solidaridad.

Son los viajantes de la revolución, su aureola palidece desde que ya no son clandestinos perseguidos y porque aquí, aunque solo sea a causa de su desconocimiento del idioma, tienen bien poco que hacer. Sus mujeres los mantienen, pero ellos no se dan cuenta del detalle, o no quieren darse cuenta. (Moníková 1993: 26-27)

² La palabra checa *emigrace* designa indistintamente la emigración tanto por motivos económicos como políticos; en este último caso, con un matiz de libre albedrío que no tiene el término *exil*, reservado para el destierro forzado.

³ Todas las citas de textos de Moníková proceden de las traducciones recogidas en la bibliografía.

Noche transfigurada, la última novela completada por Moníková, es en parte una continuación, en parte una reescritura de *Pavana para una infanta difunta*. Su protagonista comparte muchos rasgos con la de *Pavana*: la relación obsesiva con su cuerpo, el desarraigo, el autismo, la mitomanía. Su nombre, Leonora Marty, tal vez sea un pseudónimo, pues coincide en parte con el nombre de la mujer inmortal que protagoniza *El caso Makropulos*, la ópera de Janáček basada en el drama de Karel Eapek. Tras la caída del comunismo, Leonora ha vuelto a Praga precisamente para actuar como bailarina en una versión coreográfica de esta obra. Decide permanecer un tiempo más para reencontrarse con su ciudad natal, donde nadie la reconoce y todos la tratan como a una turista extranjera; también es cierto que ella no hace nada por presentarse a sus vecinos. De manera aparentemente paradójica, la reconciliación con su espacio natal empezará a producirse gracias a Thomas, un auténtico extranjero que, sin embargo, está más integrado en Praga que ella. Se trata de un alemán –versión más elaborada del Jakob de *Pavana*– que posee las habilidades sociales y el vitalismo de que Leonora carece.

Noche transfigurada muestra la otra cara del exilio: el regreso del exiliado al hogar para comprobar que este ya no es tal. La primera mitad de la obra está literalmente inundada de explicaciones sobre la historia y la actualidad de Checoslovaquia. La acción solo avanza en la segunda parte. Es significativo que el nuevo arraigo de la protagonista en Praga se produzca gracias a una relación amorosa, y que esta sea con un hombre de la nación vecina e históricamente considerada como enemiga: parece tratarse de un ajuste de cuentas de la autora con el nacionalismo checo. También hay ajuste de cuentas con el nacionalismo eslovaco –otro de los temas recurrentes en Moníková, aquí expresado, de manera no muy convincente, por boca de Thomas.

En *Hielos a la deriva*, novela publicada entre las dos anteriores, Moníková elabora más complejamente el motivo del exilio: por una parte, lo objetiva al repartirlo entre varios personajes; por otra, lo hiperboliza hasta extremos grotescos. La acción transcurre en 1971. El protagonista principal es en este caso un hombre, Jan Otakar Prantl, quien comparte con las típicas heroínas de la autora rasgos como el carácter huraño y poco práctico, el orgulloso rechazo de la compasión y autocompasión, e incluso una mutilación real procedente de la Segunda Guerra Mundial. Su emigración le ha llevado nada menos que hasta Groenlandia, donde se empeña en dar clases sobre Shakespeare a adolescentes esquimales. Prantl acepta de mala gana volver a Europa para participar en un congreso pedagógico en Austria. Escapando de los debates, tan absurdos como enconados –en los que destaca la hueca verborrea del delegado soviético–, Prantl conoce a una joven especialista de cine checa, Karla (otro personaje con rasgos autobiográficos: como Moníková, ha estudiado en Göttingen en 1969). A través de los extensos diálogos de ambos personajes durante la excursión a pie que emprenden hacia Italia, salen a relucir sus pasados respectivos y los traumas históricos de su país, incluidas las diferentes oleadas de exilio.

En un principio, Moníková ironiza aquí también sobre el exilio y la emigración a través de otros dos integrantes del congreso pedagógico, el checo Frölich –ansioso por escapar a Occidente– y el americano Bentley, lejano descendiente de colonos de Bohemia. Del primero escribe:

Frölich se esfuerza, todavía hay posibilidades de escapar, los checos aún conservan su aura de víctimas, solo han pasado tres años desde que su país fue ocupado. Pero ¿a quién le puede interesar en el resto del mundo la pedagogía marxista? Apenas a los alemanes federales. El checo no quiere hacerse ilusiones y, sin embargo, ¿no podría conseguir un puesto de bibliotecario auxiliar o hacer traducciones del ruso? La pedagogía checa no ha adelantado mucho desde los tiempos de Comenio. (Moníková 1994: 121-122)

Por su parte, la contemplación de las imágenes del festival folclórico que los checos americanos organizan anualmente le inspira a Prantl esta mordaz reflexión:

Prantl mira las fotografías con una sensación de alivio al pensar que es el único checo que vive en Groenlandia. Los *inuit* serían muy capaces de montar un carnaval como el de Wilber [localidad de Nebraska de donde procede Bentley]. Se imagina algunas escenas de la historia checa delante de un iceberg. Cantos, alegorías, mesas llenas de discos y *souvenirs*, kioscos de cerveza, bailes populares checos sobre la rampa de carga de la fábrica de harina de pescado. (Moníková 1994: 124)

La reciente emigración de Karla –como la de las heroínas de *Pavana* y *Noche transfigurada*– parece más bien fruto del desencanto por la resignación de los checos que de la propia ocupación soviética:

Poco después de la ocupación acordonaron nuestro barrio, ya sabes, Praga 6. [...] Llegué a casa y ahí estaba un tanque, y un soldado asiático quería prohibirme el paso en un ruso mal hablado. Le dije que pasaría de todos modos, mientras los checos que nos rodeaban me aconsejaban que fuera razonable. Entiendes, ¿querían que yo fuese razonable! Le dije a gritos a aquel no-ruso que yo era de allí, en cambio ¡él no! Ese asiático bajito titubeó y me dejó pasar, pero los checos sacudían la cabeza en señal de desaprobación, ¿me entiendes? (Moníková 1994: 170)

Además de indignación, ese “¿entiendes?” reiterado de Karla revela la angustia característica del exiliado por ser comprendido y justificar los motivos de su partida. El propio Prantl es más reacio a hablar de su exilio. Escapó de la ocupación nazi en 1939 arriesgando su vida, para ir a parar a un campo de entrenamiento militar en Francia:

Estábamos en el sur, en Agde, entre Marsella y los Pirineos, rodeados de pantanos. Delante del portal hacían guardia dos senegaleses y todo el campamento estaba rodeado de alambre de púas; antes de la guerra aquello había sido un campo de concentración para las brigadas republicanas. La población nos consideraba una carga, los franceses le tenían tanto miedo a los rusos como a los alemanes, eran los mismos franceses que aclamaron a Daladier en el 38, después de Múnich, por haber salvado la paz. (Moníková 1994: 184)

Después de acabar su entrenamiento como paracaidista en Gran Bretaña, Prantl salta sobre el Protectorado, donde probablemente es torturado por los nazis; pero, a pesar de sus méritos militares, en 1948 tiene que escapar de los comunistas:

Rápidamente se impusieron las depuraciones: resistentes, ex combatientes de la guerra civil española, judíos, demócratas, “elementos pequeñoburgueses”, empujando por los zapateros remendones. Las detenciones se iniciaron el mismo día 26; cuando me fui, algunos de mis conocidos ya estaban en la cárcel. (Moníková 1994: 205)

Siguió la vuelta a Gran Bretaña, un primer matrimonio, un segundo matrimonio en Dinamarca y, después del fracaso de este, la marcha a Groenlandia. Su experiencia del exilio es muy diferente a la de Karla. Esta le reprocha:

—¡Tú recuerdas otros cines, la tuya es otra Praga! Ni siquiera hemos podido ponernos de acuerdo al hablar de nuestra ciudad. ¿Quieres decirme qué tenemos en común?

Él la mira, sabe que en ella el dolor y la pena por el país que ha dejado atrás son más fuertes, su herida es más reciente. Hace poco que se ha marchado, no ha podido acostumbrarse todavía. En cambio él hace veinte años que ha puesto sus recuerdos a congelar en lo más profundo de los hielos perpetuos de Groenlandia. (Moníková 1994: 225)

Groenlandia, cuya vida cotidiana ha descrito con todo detalle la autora en la primera parte del libro, se nos revela aquí como una metáfora de la insensibilidad emotiva con la que el exiliado se protege del dolor y la angustia.

Al final de la novela, antes de que Prantl y Karla retornen a sus respectivas soledades, ella tiene un sueño en el que hacen el amor en diversas calles de Praga. Mediante esta comunión física y onírica, se reintegra lo que en la vida real se muestra irremediamente escindido: el hombre y la mujer, la generación de la ocupación nazi y la de la ocupación soviética, los checos de la diáspora y su patria.

Edward Said define el exilio como “la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su tierra natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (Said 2005: 179). A modo de conclusión podríamos decir que los protagonistas de las novelas de Moníková no viven el exilio como una mera separación de su país, sino como una falta de identificación con él. Este rechazo no se corresponde con el “mecanismo de disociación” que describen los psicoanalistas León y Rebeca Grinberg, mediante el cual muchos emigrantes idealizan todos los aspectos del país de acogida, mientras atribuyen solo cualidades negativas al que han abandonado, con el fin de evitar los sentimientos de duelo y remordimiento (Grinberg 1984: 19-20). Por el contrario, la amargura de los personajes de Moníková proviene de que carecen de un “verdadero hogar”, sea porque rechazan el adocenamiento de sus compatriotas (Francine, Klara), o porque ya son extranjeros en su ciudad natal (Leonora, Prantl). Son personajes “extraterritoriales” (Steiner) como la propia autora, que escribe continuamente sobre su país en una lengua extranjera influida por su lengua materna (¿tal vez autotraducida?).

El cambio de tierra y lengua de Libuše Moníková no parece haber sido obligado solo por las circunstancias externas, sino también por una disposición interna que la impelía a instalarse *en otra parte* para observar el mundo desde allí. Esta visión del exilio está lejos del dramatismo que Said da a este fenómeno: más que de una tra-

gedia, se trata de una condición existencial, que podríamos identificar con el permanente desarraigo, escepticismo y desilusión del intelectual contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- FAJKUSOVÁ, Andrea (2002): “Libuše Moníková” [on-line], en *Radio Praha*. En: <http://www.radio.cz/es/rubrica/personalidades/-libuse-monikova> [Consulta: 08/01/2011].
- FALTÝNEK, Vilém (2008): “Libuše Moníková: Mé knihy jsou drahé” [on-line], en *Radio Praha*. En: <http://www.radio.cz/cz/rubrika/knihy/libuse-monikova-me-knihy-jsou-drahe> [Consulta: 08/01/2011].
- GRINBERG, León; y GRINBERG, Rebeca (1984): *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- HAINES, Brigid; y MARVEN, Lyn (eds.) (2005): *Libuše Moníková in Memoriam*. Amsterdam / New York: Rodopi.
- KUNDERA, Milan (2009): *Un encuentro*. Traducción de Beatriz de Moura. Barcelona: Tusquets.
- LEHÁR, Jan; STICH, Alexandr; JANÁÈKOVÁ, Jaroslava; y HOLÝ, Jiří (2002): *Èeská literatura od počátku k dnešku*. Praha: Nakladatelství Lidové noviny.
- MARVEN, Lyn (2005): *Body and Narrative in Contemporary Literatures in German: Herta Müller, Libuše Moníková, Kerstin Hensel*. Oxford / New York: Oxford University Press.
- MONÍKOVÁ, Libuše (1990): *La fachada*. Traducción de Helga Pawlowsky. Barcelona: Muchnik Editores.
- (1993): *Pavana para una infanta difunta*. Traducción de Helga Pawlowsky. Barcelona: Anaya / Mario Muchnik.
- (1994): *Hielos a la deriva*. Traducción de Helga Pawlowsky. Barcelona: Anaya / Mario Muchnik.
- (1997): *Noche transfigurada*. Traducción de Helga Pawlowsky. Barcelona: Anaya / Mario Muchnik.
- SAID, Edward W. (2005): *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*. Traducción de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate.
- STEINER, George (2002): *Extraterritorial: ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*. Traducción de Edgardo Russo. Madrid: Siruela.